

La política exterior norteamericana hacia América Latina en el debate historiográfico del siglo XX: una reinterpretación¹

U.S. foreign policy towards Latin America in the historiographic debate of the 20th century: a reinterpretation

RICARDO FORTE VERONESE*

RESUMEN

En este artículo propongo una reinterpretación de la política exterior de Estados Unidos en el hemisferio occidental a partir del debate historiográfico del siglo XX. La finalidad es poner en evidencia la importante distinción entre 'objetivos generales', de largo plazo, y 'necesidades inmediatas', de corto plazo, enfatizando la importancia de los aspectos geopolíticos y de seguridad nacional con respecto a los factores estrictamente económicos. A partir de la producción historiográfica sobre el tema, he dividido este trabajo en tres partes. En la primera parte discuto el concepto de 'imperialismo', a menudo utilizado en los estudios sobre la actuación internacional de Estados Unidos, con el fin de averiguar después si este concepto es realmente útil para una mejor comprensión de la política exterior de Estados Unidos. En la segunda parte, analizo la respuesta de Washington a los desafíos internacionales, desde el comienzo del siglo XIX hasta la primera guerra mundial, es decir, durante el periodo que se caracteriza por la expansión continental y la consolidación territorial de Estados Unidos y por la llamada tendencia aislacionista hacia el exterior. En la última parte, examino la consolidación de Estados Unidos en el escenario mundial, como actor capaz de condicionar los equilibrios internacionales, y su actuación en este sentido, a partir de la primera posguerra hasta finales del siglo XX.

Palabras clave: Estados Unidos, política exterior, relaciones internacionales

¹ El autor agradece la colaboración de Diego Silva, estudiante de la Maestría en Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana, en el trabajo de búsqueda bibliográfica.

* Licenciado en Ciencias Políticas, Universidad de Turín, Italia, Doctor en Historia, El Colegio de México, Ciudad de México, Doctor en Historia de las Américas, Universidad de Génova, Italia. Correo electrónico: letteredallamerica@yahoo.com

ABSTRACT

In this article I propose a reinterpretation of the foreign policy of the United States in the Western Hemisphere, based on the historiographical debate of the 20th century. The purpose is to highlight the important distinction between 'general goals' (long-term) and 'immediate needs' (short-term), and to stress the importance of geopolitical and national security requirements compared to economic factors. I have divided this work into three parts. In the first part, I discuss the concept of 'imperialism', often used in studies of the international action of the United States, in order to find out, later, if this concept is really useful for a better understanding of the foreign policy of the United States. In the second part, I analyze Washington's response to the international challenges, from the beginning of the 19th century until the First World War, that is, during the period of the continental expansion and the territorial consolidation of the United States and of the so-called isolationist trend abroad. Finally, I examine the emergence of the United States on the world stage, as an actor capable of influencing the international relations, and its performance in this regard, from the First World War until the end of the twentieth century.

Keywords: United States, foreign policy, international relations

Recibido 22 de Abril de 2020 – Aceptado 22 de Julio de 2020

Introducción

En un análisis preliminar del debate historiográfico sobre la política exterior estadounidense en América Latina, me sorprendió descubrir cómo no se había logrado todavía superar el enfoque económico del expansionismo norteamericano y al mismo tiempo cómo se seguía insistiendo acríticamente en la tesis del imperialismo "activo", como una planificación deliberada desde el siglo XIX, para la construcción de un imperio.² Y todo esto a pesar de la gran cantidad de estudios tanto

² Véase., por ejemplo, José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximaciones al globalismo norteamericano*, México, UNAM-Gedisa, 2001; Paz Consuelo Marquez Padilla, *Desde el Sur: visiones de Estados Unidos y Canadá desde América Latina a principios del siglo XXI*, México, UNAM, 2001; Clara Nieto, *Los amos de la guerra y las guerras de los amos: Cuba, Estados Unidos y América Latina*,

norteamericanos como europeos, que sobre la base de nuevos documentos están cuestionando desde hace casi veinte años esta doble perspectiva. La misma parece incluso reforzarse en los análisis de las relaciones entre los Estados Unidos y los países del hemisferio occidental. Todavía al comienzo del siglo XXI, el historiador mexicano Enrique Krauze, en un artículo publicado en el diario español *El País*, seguía dibujando la política exterior estadounidense del siglo XX como consecuencia de las fuertes presiones de las corporaciones económicas privadas, haciendo referencia a la llamada “diplomacia del dólar”, término desde hace tiempo fuertemente cuestionado a partir de estudios de disciplinas diferentes, sobre todo en su significado original.³ Lorenzo Meyer, en un análisis acerca de las relaciones Estados Unidos-México en la primera mitad del siglo XX, dibuja una política exterior norteamericana dominada esencialmente por los intereses de los grupos capitalistas, como elemento de continuidad antes y después de la llegada de Woodrow Wilson a la presidencia.⁴

Las interpretaciones históricas que han adoptado dicho enfoque -y que analizaremos de forma más detenida después- presentan un doble problema. En primer lugar, la sobreposición arbitraria de “expansionismo” e “imperialismo”, como fenómenos complementarios uno al otro; en segundo lugar, la asociación automática entre “imperialismo” e “interés económico”, en donde tal interés se identifica normalmente con las grandes corporaciones comerciales y financieras. Además, la tesis del imperialismo “activo” asume rasgos antihistóricos, porque extendiendo esta peculiaridad a la política exterior estadounidense, tanto del siglo XIX

Bogotá, Universidad de los Andes, 1999; Luis Maira (comp.), *Estados Unidos: una visión latinoamericana*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica, 1984.

³ Enrique Krauze, “Los Estados Unidos: un balance histórico”, *El País-Opinión*, 5 de marzo de 2003.

⁴ Lorenzo Meyer, “The Exception and the Rule”, en Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America. Case Studies*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1991, pp. 96-106. Regresaremos más adelante sobre el significado de la presidencia de Wilson.

como del siglo XX, no toma en cuenta las transformaciones de la “capacidad” de los Estados Unidos en el sistema internacional que se produjeron entre los dos siglos, como consecuencia del rápido proceso de revolución industrial norteamericano y de la consecuente acumulación de recursos financieros y tecnológicos. Recientemente, el internacionalista Henry Kissinger sostuvo que la “hegemonía no entra en los intereses norteamericanos [...] Pero tampoco el aislamiento.”⁵ Es una afirmación extremadamente sugerente, que se impone como posible punto de partida para una reinterpretación crítica de la política exterior estadounidense desde una perspectiva histórica.

Antes de entrar en la discusión de los factores señalados, hacen falta algunas aclaraciones preliminares. Por actitud “activa” en el ámbito internacional entendemos, una iniciativa tomada por un Estado-nación -u otro actor significativo- en el sistema internacional en primera instancia, es decir, no como respuesta a una acción de otro actor en el marco del mismo sistema. Cuando hablamos de “capacidad” hacemos referencia a aquellos elementos heterogéneos y complejos que determinan el poder *relativo* de un actor en el mismo sistema internacional. Dichos elementos se refieren particularmente a los recursos de que puede disponer el mismo actor en ámbito militar, económico y político y tienen que ver tanto con su ubicación internacional como con su situación interna.⁶ El proceso decisional de política exterior del gobierno de un Estado-nación es afectado normalmente, en gran parte, por la valoración global que los responsables de esta misma política hacen acerca del poder que los recursos mencionados otorgan a su país con respecto a los actores antagónicos,

⁵ Henry Kissinger, *Does America Need a Foreign Policy? Toward a Diplomacy for the 21st Century*, New York, Touchstone, 2002, p. 57.

⁶ Para una buena síntesis preliminar acerca de las características y funcionamiento del sistema internacional v. la “Introducción” en G. Pope Atkins, *América Latina en el sistema político internacional*, México, Guernika, 1992.

con quienes el Estado enlaza algún tipo de relación. Los armamentos, la organización militar y el nivel tecnológico alcanzado constituyen elementos sin duda importantes, pero cuyo potencial puede ser correctamente calculado solo en relación con otros factores. Entre ellos la extensión del apoyo internacional a una acción o una política específicas; el nivel de cohesión o conflictividad interno, desde el punto de vista ideológico, político y social; la capacidad económica y productiva, no sólo inmediata sino en el largo plazo y en relación con la capacidad de los que se identifican como adversarios, tanto separadamente como en el marco de posibles coaliciones permanentes o coyunturales. El conjunto de todos estos elementos determina la “capacidad” de un Estado de llevar a cabo una operación en ámbito internacional y bajo qué forma, y permite decidir la importancia o incluso la necesidad de constituir alianzas y formas de colaboraciones, ellas también permanentes o coyunturales.

El debate historiográfico acerca del concepto de “imperialismo”

Más complicado es otorgar una definición preliminar a la palabra “imperialismo”, “abusada –según Schumpeter- hasta el punto que corre el riesgo de perder todo significado.”⁷ Langer lamentaba ya al comienzo de los años ‘60 que “las contiendas políticas habían seriamente obstaculizado la comprensión” de esta palabra, convirtiéndola en un concepto imposible de manejar.⁸ Es interesante notar que el “imperialismo” como término que define la dominación de un Estado nación sobre pueblos lejanos no existió hasta finales del siglo XIX y coincidió con dos fenómenos paralelos: una nueva fase de la expansión territorial por parte de las potencias europeas y

⁷ Joseph A. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, New York, 1951, p. 5. Schumpeter hizo esta afirmación hace casi un siglo, en 1919. Pero como afirmará mucho más tarde el historiador Arthur M. Schlesinger, Jr., “El abuso, si es posible, es incluso peor hoy día”, *The Cycles of American History*, Boston-New York, Mariner Book, 1999, p. 119.

⁸ William L. Langer, “Farwell to Empire”, *Foreign Affairs*, Vol. I, octubre de 1962, p. 113.

la progresiva democratización de la política exterior. El segundo acontecimiento determinó también el nacimiento de la literatura sobre el imperialismo, debido a la voluntad de actores diversos -en especial políticos e intelectuales- de ganar créditos electorales o académicos, ofreciendo motivaciones en pro o en contra de la expansión territorial.⁹ Sin embargo, el fenómeno genéricamente indicado con esta palabra antecedió ampliamente el nacimiento de la misma y se remonta a un periodo que no tiene una clara ubicación temporal. Podemos colocar las grandes olas de la expansión territorial europea anteriores a la época liberal en los siglos XVI, XVII y XVIII. Schlesinger destaca como a lo largo de este amplio periodo “exploradores, conquistadores, frailes y colonos hicieron lo que les parecía algo natural: reclamar tierras, buscar oro, salvar almas, establecer colonias” y todo esto sin el soporte de ninguna teoría del imperialismo.¹⁰ Pero ¿qué significa “imperialismo” en el análisis de la acción internacional de un Estado? ¿Qué es lo que diferencia una acción imperialista de una acción no-imperialista? Sin detenernos demasiado en esta discusión conceptual, puede ser útil aclarar el significado que se ha otorgado a esta palabra en el debate que se ha desarrollado más recientemente sobre este término. La cuestión no es simplemente académica. Individualizar con más precisión posible los rasgos definatorios de una política -general- y una acción -específica- de tipo imperialista ayudaría a reducir los elementos de incomprensión y los malentendidos que en nuestra opinión originaron la mayor parte de los contrastes y las tensiones entre la Secretaría de Estado norteamericana, sus contrapartes en otros países occidentales -Europa y hemisferio occidental- y los distintos sectores de la opinión pública.

⁹ V. Richard Koebner y H. D. Schmidt, *Imperialism: The Story and Significant of a Political World, 1840-1969*, Cambridge, GB, 1964, cap. I. Cfr. también Arthur M. Schlesinger, *op. cit.*, pp. 118-119.

¹⁰ Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Cycles of American History*, *op. cit.*, p. 118.

En relación con lo que hemos definido como el concepto contemporáneo de imperialismo, se pueden distinguir cuatro teorías interpretativas: apologética, sociológica, económica y geopolítica. Las que más nos interesan aquí son las últimas dos, por ser las que más impacto han tenido a lo largo del siglo XX y por haber sobrevivido a la desaparición del mundo bipolar que se consolidó después de la segunda guerra mundial. La interpretación económica, en todas sus variantes, vincula el fenómeno del imperialismo con la necesidad de sobrevivencia del orden económico capitalista. Por un lado, los sostenedores de la política colonial europea - como el analista norteamericano Charles Conant,¹¹ y los políticos Joseph Chamberlain en Gran Bretaña y Jules Ferry en Francia-¹² y, por el otro, los más convencidos críticos de la misma -como el economista británico J. A. Hobson y el marxista Lenin- afirmaban que la expansión imperial, que se puso en marcha en la segunda mitad del siglo XIX, derivó de la voluntad de encontrar una salida a los excedentes de capital y de producción de los países industrializados.¹³ Conant consideraba el imperialismo como un fenómeno peculiar de Europa, que de alguna forma podía llegar a representar un problema también para la seguridad norteamericana. Hobson y Lenin, a su vez, formulaban sus críticas al imperialismo europeo desde dos puntos de vista opuestos: según el primero, la elección imperialista era el producto de la falta de capacidad de cálculo de los responsables del *decision making*, porque el sistema capitalista no necesitaba de alguna expansión imperial para seguir sobreviviendo; el segundo, al contrario, sostenía la incapacidad inherente en el capitalismo monopolístico de invertir su excedente en el interior como el factor que

¹¹ Charles A. Conant, "The Economic Basis of Imperialism", *North American Review*, septiembre de 1898.

¹² Cfr. Arthur Schlesinger, *op. cit.*, p. 121.

¹³ V. I. Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism*, New York, 1939 y J. A. Hobson, *Imperialism*, , 1902.

empujó las naciones capitalistas hacia el mundo subdesarrollado para evitar la crisis final del sistema. De alguna forma, todos los autores citados, establecían un nexo entre el imperialismo y la inquietud de los sectores dominantes de la sociedad hacia la conservación del orden socioeconómico existente.

Esta perspectiva ha sido fuertemente criticada ya en los años sesenta y de manera más amplia y documentada durante los años ochenta y noventa, por autores que sostienen la inexistencia de una relación visible entre la construcción de los imperios coloniales europeos y las crisis económicas y sociales de los Estados capitalistas.¹⁴ Arthur Schlesinger, Jr., por ejemplo, sostiene que la época de mayor expansión imperial coincidió con los primeros años del capitalismo, “cuando no existían monopolios internos, ni excedentes de capital.”¹⁵ El mismo autor afirma además que dos de las mayores potencias imperiales, Gran Bretaña y Francia, no se caracterizaron por una estructura económica monopolista tampoco en periodos posteriores y –de acuerdo con Fieldhouse, Paish, Blaug y Langer– que la teoría económica del imperialismo no logra explicar por qué la expansión se produjo hacia regiones con escasas perspectivas de mercado e inversión –como África y las islas de Pacífico–, mientras que las inversiones de los países ricos eran sumamente más consistentes en otros países ricos que en sus propias colonias.¹⁶ Como varios autores de

¹⁴ El primer historiador en realizar un análisis crítico de la interpretación económica del imperialismo en relación a la experiencia británica fue D. K. Fieldhouse, “‘Imperialism’: An Historiographical Revision”, *The Economic History Review*, Second Series, Vol. XIV, n. 2, 1961. Entre las perspectivas de épocas más recientes v. John Lewis Gaddis, “The Emerging Post-Revisionist Síntesis on the Origins of the Cold War”, *Diplomatic History*, Vol. VII, n. 3, Summer 1983, y Arthur Schlesinger, *op. cit.*, pp. 118-128.

¹⁵ Arthur Schlesinger, *op. cit.*, p. 122. D. K. Fieldhouse afirma que, para finales del siglo XIX, “nadie podía sostener que el capital británico estaba en aquel entonces controlado por unos *trusts* o incluso carteles”, *op. cit.*, p. 197.

¹⁶ *Ibid.*; D. K. Fieldhouse, *op. cit.*, pp. 189-190, 196, 199. V. también G. Paish, “Great Britain foreign investments”, *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. LXXIV, s.f., M. Blaug, “Economic Imperialism

tendencia diferente han subrayado -entre ellos los historiadores E. H. Carr, Tony Smith, Henry Kissinger, el mismo Schlesinger y el sociólogo Max Weber-,¹⁷ la expansión imperialista no fue prerrogativa exclusiva de los Estados capitalistas. Por ejemplo, tanto la Rusia zarista como posteriormente la Unión Soviética practicaron una política exterior de corte expansionista, buscando, en momentos distintos y en el ámbito de sistemas internacionales diferentes, ampliar su esfera de hegemonía tanto territorial como económica. Japón, mucho antes de convertirse en una potencia económica capitalista puso en marcha una política exterior expansionista en el Lejano Oriente, sin tener problema alguno de excedente de capital y de producción. Lo mismo puede decirse de otra potencia colonial pobre de capital como Portugal. Y la consistencia de la interpretación económica podría reducirse ulteriormente si nos fuéramos más atrás en los siglos y analizáramos otros ejemplos de política imperial en la época pre-industrial.¹⁸ En efecto, como subraya otra vez Schlesinger, la civilización occidental “fue comprometida en la aventura de penetrar y modificar sociedades no occidentales”¹⁹ ya a partir de la Primera Cruzada y a lo largo de los nueve siglos siguientes.

Revisited”, *Yale Review*, Vol. L, n. 3, 1961, en particular las pp. 335-349, y William L. Langer, “A Critique of Imperialism”, *Foreign Affairs*, Vol. XIV, n. 9, octubre de 1935, p. 114 y “Farwell...”, *op. cit.*, pp. 119-120.

¹⁷ Cfr. E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, London, 1961; Tony Smith, *The Pattern of Imperialism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; Henry Kissinger, *Diplomacy*, New York, Simon & Schuster, 1994; Arthur Schlesinger, *op. cit.*; Max Weber, “Structures of Power”, en H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York, Oxford University Press, 1970, p. 169.

¹⁸ Es oportuno señalar aquí que los términos ‘capitalismo’ y ‘estado capitalista’ han sido utilizados -y siguen a menudo siendo utilizados- de manera imprecisa tanto por parte de sus críticos como de sus defensores. De hecho, la mayor parte de los Estados modernos encajan bajo esta etiqueta genérica, debido a que todos apoyan de alguna manera en la acumulación de recursos. En este sentido, la Unión Soviética también cae en el interior de esta clasificación. La diferencia reside, en términos generales, en quien controla los capitales y como los mismos son controlados y utilizados. De hecho, tanto los fautores como los detractores de la expansión imperialista hacían referencia a un tipo específico de capitalismo, es decir al capitalismo liberal, caracterizado por el libre mercado y el régimen de propiedad privada.

¹⁹ Arthur Schlesinger, Jr., *op. cit.*, p. 118.

Sin embargo, el punto sustancial más débil de la interpretación económica del imperialismo es de carácter científico y metodológico. Tony Smith, reanalizando el debate historiográfico sobre los orígenes de la guerra fría – sobre el que regresaremos más adelante- ha subrayado la importancia de las nuevas fuentes a disposición de la investigación a partir de la década de los ‘90, con que no podían contar los teóricos del imperialismo económico.²⁰ Fieldhouse sostenía ya al comienzo de los ‘60 como esta carencia acababa volviendo dogmática dicha interpretación, que “debió gran parte de su éxito al hecho de expresar una idea ya difundida con particular claridad, fuerza y convicción”, pero sin sustentarla con investigaciones consistentes y serias sobre el tema.²¹ Schlesinger muestra a su vez cómo los teóricos mencionados “no se preocupan de la ausencia de documentación que pueda comprobar el control de industriales y financistas sobre decisiones específicas.”²² Según sus críticos, la interpretación económica del imperialismo, en todas sus variantes, se caracteriza por su falta de documentación probatoria y, aún más, por la ausencia de una preocupación real al respecto.²³ Muchos años antes, Weber había señalado que, analizando con atención los procesos históricos de las grandes potencias, la relación entre la expansión territorial y sus necesidades económicas y comerciales no aparecía de manera tan evidente.²⁴

²⁰ Tony Smith, *America's Mission. The United States and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1994, p. 140.

²¹ D. K. Fieldhouse, *op. cit.*, p. 188. V. también A. Schlesinger, Jr., *op. cit.*, p. 136.

²² *Ibid.*, p. 137.

²³ *Ibid.* El autor muestra como algunos de estos autores, “seguramente de manera no consciente,” llegan incluso “a distorsionar la evidencia con el fin de fortalecer sus tesis.”, *ibid.* V. también D. K. Fieldhouse, *op. cit.*, en donde el problema de la ausencia de documentación se encuentra a lo largo de todo su trabajo.

²⁴ Max Weber, “Structures of Power”, en H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York, 1946, p. 162.

Esta polémica, que sigue hasta hoy día, nos remite a la que hemos definido como la teoría geopolítica del imperialismo, que ya desde el estudio de Fieldhouse se enfrentó a la interpretación económica del mismo. Dicha teoría se desarrolló paralelamente a la primera y se fortaleció en el tiempo hasta hoy día. Como veremos, con la entrada de los Estados Unidos en el escenario mundial y con la propuesta de Woodrow Wilson para un orden global basado en “principios”, en lugar que en el “poder”, la perspectiva geopolítica se enriqueció hasta ver la contraposición de dos posibles interpretaciones distintas de las relaciones internacionales: la que otorga prioridad al tradicional “equilibrio de poder” y la que otorga prioridad a lo que se empezó a definir más adelante como el “internacionalismo liberal democrático”. Pero el vínculo entre geopolítica e imperialismo se estableció esencialmente a partir de la primera perspectiva. Desde este punto de vista, la necesidad de expansión imperialista estaría vinculada prioritariamente con la necesidad de mantener el equilibrio de poder entre las naciones y, por ende, se pondría en marcha sólo cuando dicho equilibrio resultara por alguna razón comprometido o, por lo menos, cuando los responsables del *decision making* de alguna potencia mundial consideraran que se diera esta circunstancia.

Un primer aspecto importante de esta teoría es su aceptación multidisciplinaria y la relevancia de los estudiosos que en el tiempo contribuyeron a formularla. Cientistas políticos como Hans Morgenthau, Arnold Wolfers y Tony Smith, historiadores como William Langer, A. J. Taylor, B. K. Fieldhouse, David Landes y Arthur Schelisinger, Jr., el sociólogo Max Weber y el internacionalista Henry Kissinger –para citar sólo algunos- desde puntos de partida y metodologías analíticas múltiples y en épocas diversas, han buscado demostrar con abundancia de fuentes, datos y argumentos, la importancia de la autopreservación como tarea principal

de cada Estado-nación, entendida en tanto que la protección de sus ciudadanos y sus fronteras, y el control de posiciones estratégicas vitales. Según estos autores, el Estado busca constantemente fortalecer su propio poder como medio para lograr los objetivos citados. Los factores económicos no quedan descartados, pero esta perspectiva realiza una importante distinción, ausente en la teoría económica del imperialismo: entre necesidades económicas del Estado e intereses de los empresarios y las corporaciones privadas, que no necesariamente –e incluso muy raramente- coinciden entre sí. La ganancia es el primer objetivo del empresario privado, mientras que el Estado busca esencialmente fortalecer el poder nacional y esta búsqueda puede implicar –y de hecho a menudo ha implicado- la necesidad de prescindir de las reclamaciones de grupos de interés específicos. Los factores económicos sólo constituyen un aspecto de la tarea del Estado. En otras palabras, las actividades comerciales y financieras y la búsqueda de materias primas por parte de las autoridades estatales no son consecuencia de las presiones de las corporaciones privadas y tampoco se dirigen a enriquecer las mismas, sino tienen como objetivo el fortalecimiento del propio Estado. Se explicaría de esta manera la expansión ya mencionada hacia territorios de escaso o ningún interés económico y comercial y el bajo valor relativo de las inversiones de las potencias en sus propias colonias. Asimismo, asume mayor coherencia la adopción de una política exterior y de expansión imperial por parte de países caracterizados tanto por economías de tipo liberal-capitalista como por otras formas.

Aunque ambas interpretaciones –económica y geopolítica- asumen la existencia de una política imperial de expansión territorial, hay una importante diferencia entre ellas, por lo menos en los aspectos formales de las relaciones entre Estados en el marco del sistema internacional. La

perspectiva económica asume que dicha expansión se produce en el marco de una política *activa* y es principalmente consecuencia de factores internos: los gobernantes del Estado asumen la iniciativa como consecuencia de las presiones de grupos de interés particulares. La perspectiva geopolítica, al contrario, considera que la misma expansión puede tener rasgos tanto *activos* como *reactivos*, ambos consecuencia de las características propias del sistema internacional y cada uno producto de las ideologías y de los grupos de presión prevalecientes en el interior. En el ámbito de esta distinción, Langer introdujo el concepto de “imperialismo preclusivo” (*preclusive imperialism*), que remite a una incorporación territorial finalizada a impedir la misma incorporación por parte de otras potencias, independientemente de cálculos de tipo económico.²⁵ En este caso, según algunos autores, no podemos hablar de imperialismo en sentido estricto, sino más bien de una elección sin alternativas, dictada por la exigencia de sobrevivencia de cada Estado-nación, a raíz de las *acciones* o de la previsión de las mismas por parte de otros actores internacionales. Lange va más allá y afirma la inconsistencia de los intentos –a menudo realizados- de separar la noción de imperialismo de la noción de control territorial, que llevan –según el autor- “a perderse en conceptos nebulosos y abstracciones desanimadas.”²⁶

En el marco de fuertes diferencias y contrastes, las distintas interpretaciones antes analizadas parecen concordar en asociar el concepto de “imperialismo” con a) la penetración coercitiva en territorios controlados por otros Estados, b) la permanencia en dichos territorios como objetivo predeterminado de largo plazo, y c) la integración de los mismos territorios en la organización política y/o económica y/o militar,

²⁵ William L. Langer, “Farwell...”, *op. cit.*, p. 120.

²⁶ William L. Langer, “A critic...”, *op. cit.*, p. 107.

mediante el establecimiento de estructuras e instituciones administrativas de carácter permanente. Todo esto implica evidentemente la utilización concreta de los territorios ocupados, pero no con relación a un objetivo específico predeterminado, sino mutante en el tiempo y el espacio, según los rasgos de un territorio y un momento específico. Según la teoría del imperialismo “preclusivo”, un territorio puede ser ocupado en un primer momento sin que ningún objetivo claro sea asociado a la misma ocupación.

La política exterior estadounidense y el debate académico: desde el comienzo del siglo XIX hasta la primera guerra mundial.

Los Estados Unidos entraron al sistema internacional como potencia mundial sólo a partir del final de la primera guerra mundial. Después de la guerra civil, la rápida revolución industrial convirtió al país en una potencia virtual, pero el predominio en su interior de una tendencia mayoritaria aislacionista limitó las posibilidades de inversiones públicas en el sector de la defensa e impidió establecer una presencia norteamericana constante en ámbito mundial.²⁷ Si consideramos la entrada en guerra de los Estados Unidos a lado de Francia, Gran Bretaña e Italia como el momento clave de su paulatino cambio de actitud hacia las relaciones internacionales, hay que establecer si existió algún elemento de continuidad entre las dos fases y, si acaso, como podemos delinear estos elementos. Hay un acuerdo prácticamente unánime acerca de la tendencia expansionista de los Estados Unidos desde el comienzo de su historia independiente. Mucho menos acerca de los objetivos y el significado de dicha expansión.

²⁷ Para una síntesis actualizada de las transformaciones económicas y sociales y la persistencia de una orientación aislacionista entre los siglos XIX y XX v. Paul Johnson, *A History of the American People*, New York, Harper Perennial, 1999, cap. 5.

Con respecto a los estudios de la política exterior norteamericana, se distinguen tres corrientes historiográficas diferentes: la llamada escuela de la Puerta Abierta o revisionista -variante norteamericana de la perspectiva del imperialismo económico- se contraponen a las corrientes realista y postrevisionista, que se enfrentaron a la primera, al comienzo, sobre el enconado debate acerca de los orígenes y las responsabilidades de la Guerra Fría, pero que acabaron inevitablemente por ser aplicadas a todo el recorrido histórico de la política exterior norteamericana. Realistas y postrevisionistas enfatizan principalmente los aspectos geopolíticos, pero la novedad principal de los segundos reside, en mi opinión, en su hincapié en los factores culturales e ideológicos, que, según esta interpretación, afectaron la manera con que los responsables de la política exterior estadounidense individualizaron en épocas y coyunturas diferentes los intereses vitales de su país y eligieron los mecanismos más idóneos para defender la seguridad nacional.²⁸ Este elemento, que apareció de manera clara entre los trabajos de los postrevisionistas sólo a partir de los años '90, permitieron a esta corriente historiográfica superar los límites de su dimensión original, que a partir de la crítica al revisionismo de William A. Williams y de su escuela, buscó un acercamiento más equilibrado a la temática de la política exterior norteamericana, renunciando sin embargo

²⁸ Acerca del debate entre postrevisionistas y revisionista v. John Lewis Gaddis, *op. cit.* y “The Cold War, the Long Peace, and the Future”, en Michael J. Hogan (ed.), *The End of the Cold War: Its Meaning and Implications*, New York, Cambridge University Press, 1992. V. también la réplica de Lloyd C. Gardner al primer artículo de Gaddis, “Response to John Lewis Gaddis, “The Emerging Post-Revisionist Synthesis on the Origins of the Cold War”, *Diplomatic History*, Vol. 7, n. 3, Summer 1983, pp. 191 y sigs. V. también Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, pp. 139-145; Arthur M. Schlesinger, Jr., “The Cold War Revisited”, *New York Review of Books*, n. 16, 25 de octubre de 1979; Lynn Eden, “The End of U. S. Cold War History?”, *International Security*, Vol. 18, n. 1, Summer 1993; Michael J. Hogan y Thomas G. Paterson (eds.), *Explaining the History of American Foreign Relations*, New York, Cambridge University Press, 1991, James Chace y Caleb Carr, *America Invulnerable: The Quest for Absolute Security from 1812 to Star Wars*, Summit Books, 1988 y Walter Russell Mead, *Special Providence. American Foreign Policy and how it changed the world*, New York and London, Routledge, 2002.

a formular propuestas teóricas más generales.²⁹ Según los estudios postrevisionistas más recientes, la entrada de los Estados Unidos al sistema internacional en las últimas etapas de la primera guerra mundial y, en especial, durante las negociaciones de paz de Versailles, se caracterizó por la relación directamente proporcional, establecida por Woodrow Wilson, entre seguridad nacional norteamericana y difusión mundial del nacionalismo liberal-democrático. Smith –entre otros- sostiene que esta orientación emerge de manera evidente a lo largo de la mayor parte del siglo XX y en particular, después de Wilson, durante las presidencias de Franklin D. Roosevelt (FDR), Truman, Kennedy, Carter y Reagan.³⁰ También los revisionistas hacen un hincapié mayor en el periodo posterior a la revolución industrial norteamericana de los años de 1890, cuando los Estados Unidos empezaron a registrar excedentes crecientes de producción y de capital. Tanto los revisionistas como los postrevisionistas consideran que la formulación de la política exterior en los Estados Unidos fue afectada por un móvil específico, prioritario con respecto a los demás, pero disienten en la individualización del mismo: los grandes intereses económicos privados, para los primeros, la difusión del liberalismo democrático como elemento clave de garantía de la seguridad nacional, para los segundos.

Algunos autores de ambas tendencias individualizan ya en el siglo XIX los elementos originarios de la política exterior norteamericana, que se caracterizaría de este modo por importantes elementos de continuidad a lo largo de los últimos doscientos años. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, podemos individualizar las etapas clave de la política exterior estadounidense del siglo XIX en a) la compra de Luisiana (1803),

²⁹ Cfr. Elena Aga Rossi, “Introduzione”, en Elena Aga Rossi (a cura di), *Gli Stati Uniti e le origini della guerra fredda*, Bologna, Il Mulino, 1984, p. 29.

³⁰ Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, p. 347.

b) la anexión de Florida (1821), c) la enunciación de la Doctrina Monroe (1823), d) la anexión de Texas (1845) y de Oregon (1846), e) la guerra con México (1846-48) y f) la expansión en el Pacífico y el Caribe. Dos rasgos fueron peculiares de la política exterior del nuevo Estado-nación norteamericano a lo largo de su primer siglo independiente: la ampliación de sus territorios en el hemisferio occidental y el aislacionismo en las relaciones internacionales. W. Appleman Williams, padrino de la escuela historiográfica de la Puerta Abierta, sostiene que a lo largo de toda su historia los estadounidenses han sido influidos por “la firme convicción [...] que el bienestar doméstico de Norteamérica depende de una expansión *económica* de ultramar constantemente en crecimiento.”³¹ Por lo tanto las adquisiciones territoriales del siglo XIX –que hemos esquematizado antes– se enmarcarían en este cuadro político-cultural y representarían una suerte de antecedente de la actuación internacional norteamericana del siglo XX, la cual –como sostienen todos los estudios posteriores de esta corriente– fue inducida por la estructura económica capitalista y los intereses de clase y, en especial, por necesidades de producción, comercio y exportación.³²

Los postrevisionistas hacen notar como esta perspectiva monótona hace perder de vista el carácter complejo del proceso decisional de la política exterior, propio de cualquier Estado. Sin descuidar la importancia de las variables económicas, esta corriente busca evidenciar la subordinación de las mismas a inquietudes de seguridad nacional, que emergerían claramente durante el siglo XIX, cuando los Estados Unidos, bien lejos de

³¹ William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, New York, 1972, p. 15, cursivas mías.

³² *Ibid.*, pp. 362-363. La literatura sobre la política exterior de los Estados Unidos desde esta perspectiva es inmensa y es imposible su revisión exhaustiva en este artículo y todavía falta por realizar una síntesis historiográfica completa al respecto. Estudios parciales al respecto se encuentran en Robert J. McMahon, “The Study of American Foreign Relations: National History or International History?”, en Michael J. Hogan y Thomas G. Paterson (eds.), *op. cit.* y Tony Smith, *The Pattern...*, *op. cit.*

representar una potencia mundial, tenían al contrario el problema urgente de consolidar la independencia recién adquirida, ante un sistema internacional fuertemente marcado por las guerras napoleónicas y las resoluciones posteriores del Congreso de Viena. La tensión ideológica entre los dos lados del Atlántico representó –según esta interpretación– un elemento fundamental para entender la actuación de los sucesivos gobiernos norteamericanos, no tanto como un plan rigurosamente organizado, sino más bien como respuestas a problemáticas coyunturales, que no siempre obedecían a una clara visión de largo plazo. La reacción del viejo mundo en contra de la Revolución Francesa y de los principios que se habían difundido en Occidente entre finales del siglo XVIII y comienzo del XIX se produjo en el marco de una fuerte presencia europea en el hemisferio occidental y, en especial, en las fronteras de los recién nacidos Estados Unidos: Francia al Oeste, España al Sur y al Oeste, Gran Bretaña al Norte y al Oeste, hasta el Océano Pacífico.

Según los historiadores postrevisionistas, esta fue la razón principal de la decisión estadounidense de extenderse a lo largo del continente, sobre un territorio de dudosa utilidad y rentabilidad económica a lo largo de todo el siglo XIX. En relación con la compra de Luisiana, llevada a cabo en 1803, Schlesinger sostiene que sirvió para adquirir el puerto de New Orleans, vital sobre todo para razones de seguridad, y eliminar la presencia francesa del continente americano.³³ Al terminar la transacción, Napoleón nos ha otorgado una clara explicación geopolítica de la misma, subrayando que “Este territorio afirma para siempre el poder de los Estados Unidos, y yo acabo de darle a Inglaterra un rival marítimo, que tarde o temprano abatirá su orgullo.”³⁴ Según Kissinger, la compra de Luisiana fue parte de

³³ Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, pp. 131 y 143.

³⁴ Cit. en Thomas G. Paterson, J. Garry Clifford, Kenneth J. Hagan, *American Foreign Policy: A History*, Lexington, MA, D. C. Heath, 1977, p. 60.

una política exterior que, desde los primeros años de la República, representó “un refinado reflejo del interés nacional”, que “consistía simplemente en robustecer la independencia de la nueva nación.”³⁵ Las demás operaciones de anexión tuvieron, según Schlesinger, una lógica coherente con la más temprana adquisición de Luisiana: la anexión de Florida en 1819 eliminó la presencia española de las fronteras meridionales de los Estados Unidos, la anexión de Oregon en 1845 “paró las intrigas británicas en Norteamérica” y las grandes incorporaciones de los territorios mexicanos (Texas, 1845 y California y New Mexico, 1848) y el reconocimiento de la frontera del Río Grande con México (1848), eliminaron los últimos obstáculos a la consolidación territorial continental.³⁶ Coerver y Hall afirman que el binomio expansionismo-aislacionismo evidencia la determinación norteamericana “de prevenir o reducir la interferencia europea en los asuntos del hemisferio occidental.”³⁷ En este sentido, la anexión de Florida tiene que ser analizada a partir de dos consideraciones: primero, la alianza entre España y Gran Bretaña en función antifrancesa, que trasladada al hemisferio occidental dejaba a los Estados Unidos encerrados entre los territorios británicos al norte y las posesiones españolas al sur, en un momento de tensión fuerte con la misma Gran Bretaña; segundo, el sucesivo tratado Adams-Onís de 1819, que precisó las fronteras de Estados Unidos con la Nueva España y sancionó el reconocimiento internacional de sus límites septentrionales, modificados y perfeccionados después con la anexión de Oregon. Schoultz muestra cómo el interés por la Florida y por la Luisiana estaba “directamente vinculado con las tensiones

³⁵ Henry Kissinger, *La diplomacia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 24.

³⁶ Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, p. 143.

³⁷ Don M. Coerver y Linda B. Hall, *Tangled Destinies. Latin America and the United States*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1999, p. 12.

con Gran Bretaña” y con el aumento de la dependencia española de la misma a raíz de la invasión francesa.³⁸ Particularmente ilustrativo al respecto resulta el antecedente de la *No-Transfer Resolution*, aprobada a mediados de 1810 en donde la Secretaría de Estado vinculó de manera explícita la seguridad norteamericana al peligro de “que cualquier parte de la Florida oriental caiga en las manos de una potencia extranjera”, debido a “las particulares circunstancias de la crisis [europea] actual.”³⁹ Corver y Hull muestran cómo, unas décadas después, el consenso alrededor de la controvertida cuestión de la entrada de Texas en la Unión se logró a partir de la única consideración compartida por esclavistas y antiesclavistas, es decir, que un territorio independiente con esa ubicación representaba una invitación a la intromisión de las potencias europeas.⁴⁰ El revisionista Williams destaca la importancia otorgada a por James Monroe, en su llegada a la presidencia de la República, a la expansión territorial, pero sin lograr captar el nexo que el mismo Monroe estableció entre dicha expansión y la seguridad nacional estadounidense: “Debe quedar claro para todos que cuanto más avance la expansión, siempre que no sea más allá de un límite justo, mayor será la libertad de acción de ambos gobiernos [el estatal y el federal] y *más perfecta su seguridad*,” añadiendo en seguida que “la extensión del territorio” indica el grado de la “fuerza física” de una nación.⁴¹

Entonces, desde esta perspectiva, la expansión territorial de los Estados Unidos en el hemisferio occidental durante el siglo XIX tendría rasgos de

³⁸ Lars Schoultz, *Beneath the United States. A History of U.S. policy toward Latin America*, Cambridge and London, Harvard University Press, p. 2.

³⁹ Cit. en *Ibid.*

⁴⁰ Don M. Coerver y Linda B. Hall, *op. cit.*, p. 17. Los autores destacan que los líderes texanos, rechazados anteriormente por los Estados Unidos, se dirigieron a Gran Bretaña y Francia para lograr un reconocimiento diplomático y poner en marcha relaciones comerciales. *Ibid.*

⁴¹ Cit. en William Appleman Williams (comp.), *The Shaping of American Diplomacy*, Chicago, Rand McNally, vol. I, p. 122, cursivas mías.

tipo “preclusivo”, según el significado otorgado por Langer a esta palabra y encontraría sus orígenes en razones tanto geopolíticas como de enfrentamiento ideológico con la política imperial de las monarquías europeas. El carácter anti-imperial de la doctrina Monroe⁴² y en general las tomas de posición oficiales de varios responsables políticos norteamericanos en contra de la expansión colonial europea parecen apoyar este punto de vista. El mismo James Monroe, Secretario de Estado en 1815, sostuvo que “la Florida oriental en sí misma es [...] irrelevante, pero como guarnición, en las manos de Gran Bretaña, es sumamente importante.”⁴³ Schoultz resalta que la evaluación de Monroe corresponde a las de muchos de sus sucesores hacia otras partes de América Latina, definidas como pedazos de tierra insignificantes “que los adversarios *extra hemisféricos* podían utilizar como base para atacar a los Estados Unidos”.⁴⁴

La expansión hacia las islas del Pacífico y la región del Caribe entre los dos siglos, se llevó a cabo en presencia de dos importantes elementos: el primero de continuidad, la persistencia de una orientación mayoritariamente aislacionista en la sociedad norteamericana; el segundo de cambio, la rápida transformación de los Estados Unidos en una potencia industrial. Sin embargo, la interpretación economicista de la escuela de la Puerta Abierta aplicada a esta fase tampoco parece ofrecer una explicación convincente, a pesar de la acumulación creciente –por primera vez– de excedentes significativos de mercancías y capitales. El historiador británico Paul Kennedy, en su estudio relativo a las islas Samoa, ha mostrado como el interés de las potencias hacia el Pacífico se

⁴² No es posible por razones de espacio examinar aquí los detalles de la Doctrina Monroe. Entre los numerosos estudios al respecto v.

⁴³ Cit. en *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*, p. 3, cursivas mías.

debió sobre todo a razones de equilibrio entre las potencias europeas: los británicos salieron de las Samoa cuando empezaron a considerarlas sin valor estratégico y los alemanes permanecieron más tiempo únicamente para las presiones de los grupos nacionalistas.⁴⁵ La presencia de los Estados Unidos fue aún más breve (entre 1889 y 1899) y consecuencia -según Kennedy- de la preocupación norteamericana por la rápida expansión imperial europea hacia oriente.⁴⁶ Por otra parte, una ojeada al mapa de la presencia estadounidense en el Pacífico entre los dos siglos, que incluía –además de las Samoa- las islas Guam, Wake, Johnston, Palmira, Midway, Hawái y las Filipinas, nos muestran una región de muy escaso valor económico y comercial –sobre todo en términos relativos-, pero que se configuraba como una barrera defensiva ante la contemporánea avanzada de las potencias imperiales europeas desde Asia. Otros autores han asociado esta estrategia a la búsqueda de consolidación del control norteamericano en el Caribe, en especial en relación con la guerra hispanoamericana y a la construcción del Canal de Panamá.⁴⁷ Analizando la intervención en Santo Domingo en la década de 1870, por ejemplo, Williams sostiene la importancia de la isla como mercado para el excedente de la producción agrícola norteamericana.⁴⁸ Pero, según Schlesinger, el argumento prioritario del presidente Grant al respecto era

⁴⁵ Paul Kennedy, *The Samoan Tangle: A Study in Anglo-German-American Relations, 1878-1900*, New York, 1974. Arthur Schlesinger, Jr. enfatiza especialmente el mayor rigor documental de los estudios de Kennedy con respecto, por ejemplo, al análisis de William A. Williams sobre el mismo tema. *The Cycles...*, *op. cit.*, p. 143.

⁴⁶ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, Random House, 1987. Utilizamos en este ensayo la ed. italiana de Garzanti de 1989, p. 351.

⁴⁷ Cfr. por ej. Samuel Flagg Bemis, *The Latin American Policy of the United States. An Historical Interpretation*, New York, Harcourt, Brace & World, 1943, pp. 123, 127-131.

⁴⁸ William Appleman Williams, *The Tragedy...*, *op. cit.*, pp. 146-147

de carácter preclusivo: controlar las materias primas de Santo Domingo antes de que lo hicieran las potencias europeas.⁴⁹

Coever y Hall muestran cómo el vínculo entre dichas operaciones de expansión y hegemonía territorial y los cálculos de carácter geopolítico emerge también en el conocido corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, que –según estos autores– marcó el punto final de la evolución de la doctrina misma, “desde una política defensiva en oposición a la intervención europea hacia una política ofensiva que sancionara la intervención norteamericana” en el hemisferio occidental, “en nombre de consideraciones de seguridad.”⁵⁰ Entonces, a comienzo del siglo XX la política exterior de Estados Unidos registraría un elemento de continuidad –la inquietud hacia la seguridad nacional– y otro de cambio –el tránsito desde una política reactiva o defensiva hacia una política activa en el sistema internacional.

La política exterior estadounidense y el debate académico: el siglo XX después de la primera guerra mundial.

A pesar de inducir el importante cambio antes mencionado, Theodore Roosevelt no marcó la pauta de la política exterior norteamericana del siglo XX. La visión internacional rooseveltiana apoyaba en la convicción de la prioridad de las razones geopolíticas y del equilibrio de poder, perspectiva ampliamente compartida por las cancillerías europeas, pero que no representaban argumentos suficientes para modificar la tendencia aislacionista de la sociedad estadounidense. El elemento de cambio antes mencionado logrará moverse desde el reino de las intenciones a la práctica política concreta quizás sólo después del ataque japonés a Pearl Harbour y

⁴⁹ Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, p. 138.

⁵⁰ Don M. Coerver y Linda B. Hall, *op. cit.*, p. 56.

también en este caso sólo por razones coyunturales más que por convicciones ideológicas o estratégicas de largo plazo, que empezarán a prevalecer después de la segunda guerra mundial. Lowenthal subraya cómo el compromiso internacional norteamericano se consolidó en especial a partir de papel decisivo jugado por los Estados Unidos en la guerra en contra el totalitarismo europeo.⁵¹ Pero dicho compromiso puede ser claramente entendido sólo a partir de la reformulación de los objetivos internacionales norteamericanos realizada por Woodrow Wilson durante los años '10.

Como es sabido, la esencia del cambio político-cultural introducido por Wilson en el ámbito internacional consistió en la propuesta de organizar las relaciones entre Estados sobre la base de “principios” en lugar que del tradicional equilibrio de poder, que tenía que dejar el paso a una “comunidad de poder,”⁵² que se apoyara en un sistema internacional de Estados nacionales liberales y democráticos.⁵³ El mismo Wilson aclaró sus ambiciones en su mensaje al Congreso acerca de la declaración de guerra en 1917, anunciando “el comienzo de una era en que se sostendrá la necesidad de observar entre las naciones y sus gobiernos las mismas reglas de conducta y de responsabilidad por los errores que se observa entre los ciudadanos de los Estados civilizados.”⁵⁴ Smith señala que lo que se llamará después “wilsonismo” o “doctrina Wilson” introdujo un

⁵¹ Abraham F. Lowenthal, “The United States and Latin American Democracy: Learning from History”, en Abraham F. Lowenthal (ed.), *op. cit.*, p. 263.

⁵² Address to the United States Senate, January 22, 1917. From Senate Document 685, 64th Congress, 2d Session, en Ray Stannard Baker and William E. Dood (eds.), *The New Democracy. Presidential Messages, Addresses, and Other Papers by Woodrow Wilson*, Honolulu, University Press of the Pacific, 2002 [1926], p. 410.

⁵³ No podemos por razones de espacio detenernos sobre los detalles de la propuesta wilsoniana de orden mundial. Para una ampliación del tema v. en especial Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order*, Oxford University Press, 1992 y Tony Smith, *The Pattern...*, *op. cit.*, cap. 4.

⁵⁴ Cit. en Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, p. 71.

importante elemento de novedad en las relaciones internacionales no sólo en proponer por primera vez el papel activo de Estados Unidos en las mismas, sino en orientar dicho papel hacia la difusión de un sistema político y económico específico, que buscaba canalizar la fuerza y las potencialidades de los nacionalismos emergentes en dirección de la afirmación de los principios de democracia y de cooperación internacional.⁵⁵ Dos factores históricos de la propuesta wilsoniana tienen que ser destacados aquí: a) su vínculo con elementos políticos-culturales propios de la sociedad norteamericana desde sus orígenes y b) su capacidad de imponerse como principio-guía de la política exterior de los Estados Unidos a lo largo de la mayor parte del siglo XX –aunque con importantes variaciones y adecuaciones según los periodos-.

Michael Hunt sostenía en los años ochenta que aunque “las ideas que conforman una política exterior pueden ser reformuladas por diferentes líderes”, en los Estados Unidos el legajo ideológico que considera la “difusión de la libertad como un concepto fundamental” seguía jugando un papel importante.⁵⁶ Hemos visto en el capítulo anterior como las diferencias ideológicas entre la Europa de antiguo régimen e imperial y los Estados Unidos liberales y republicanos fueron parte integrante de las inquietudes norteamericanas en relación con su seguridad nacional. Si es indudable que las relaciones internacionales en los Estados Unidos del siglo XIX fueron interpretadas esencialmente según el esquema europeo del equilibrio de poder, es verdad también –como ha evidenciado Smith– que ya al comienzo de ese siglo Thomas Jefferson había insistido en que “los Estados Unidos sólo podrían participar en una comunidad mundial

⁵⁵ Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, p. 7.

⁵⁶ Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, Yale University Press, 1987, pp. 16-17. V. también Richard Hofstadter, *The American Political Tradition and the Men Who Made It*, New York, Alfred A. Knopf, 1948.

dominada por Estados democráticos”.⁵⁷ La Doctrina Monroe a su vez sancionó las diferencias ideológicas entre los dos lados del Atlántico, oponiendo el principio de autodeterminación –“América para los Americanos”- a la política imperial europea, posición reafirmada con fuerza a finales del mismo siglo en las Anotaciones de la Puerta Abierta, dirigidas a frenar el imperialismo de las potencias europeas en el Lejano Oriente.⁵⁸ Bemis sostiene que Estados Unidos, desde su separación de Gran Bretaña, “liderando la independencia y la libertad del Nuevo Mundo *republicano* en contra de las intromisiones del Viejo Mundo *monárquico*, estaba persiguiendo tanto sus intereses como sus ideales [...]”.⁵⁹ La Doctrina Monroe, con su hincapié en la “no-colonización” y en las “dos esferas”, sintetizó estas dos dimensiones.⁶⁰ Sobre la base de lo anterior, Schoultz destaca como las propuestas de Wilson para reestructurar la política mundial, aunque más amplias e incisivas de las avanzadas por sus predecesores, “eran perfectamente alineadas con las propuestas básicas de la política exterior de los Estados Unidos *establecidas mucho antes*.”⁶¹ Williams, junto con otros historiadores revisionistas, ha sostenido que el proyecto wilsoniano iba dirigido *en realidad* a la construcción de un orden *económico* internacional liberal y por ende era esencialmente sinónimo de “internacionalismo liberal capitalista,” en donde la variable democrática no era una prioridad.⁶² Smith rebate que, como en otras ocasiones, el problema de esta interpretación es que considera sólo un aspecto de la

⁵⁷ Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, p. 84.

⁵⁸ Cfr. al respecto *Ibid.*, pp. 84-85.

⁵⁹ Samuel Flagg Bemis, *op. cit.*, p. 48, cursivas mías.

⁶⁰ V. Don M. Coerver y Linda B. Hall, *op. cit.*, p. 14.

⁶¹ Lars Schoultz, *op. cit.*, pp. 84-85, cursivas mías.

⁶² William Appleman Williams, *The Tragedy...*, *op. cit.*, caps. 2 y 3. V. también Carl P. Parrini, *Heir to Empire: United States Economic Diplomacy, 1916-1923*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1969 y N. Gordon Levin, Jr., *Woodrow Wilson and World Politics*, New York, Oxford University Press, 1968.

cuestión y la confunde con la totalidad de la misma.⁶³ Es significativo al respecto que algunos de los críticos contemporáneos más severos de la política exterior de Wilson, como el economista John Maynard Keynes, apuntaron supuestamente a la falta de atención del presidente hacia los problemas de carácter económico, como la necesidad de promover una Europa económicamente integrada en cooperación con los Estados Unidos,⁶⁴ omisión que parece curiosa en el marco de un proyecto internacional como el que dibuja Williams. Es indudable el interés de Wilson para el libre intercambio comercial, pero –como subrayan tanto Smith como Schlesinger– él mismo presentó un proyecto internacional mucho más complejo, cuyo fundamento era el Estado-nación democrático y cuya supraestructura se individualizaba en un *orden internacional de interdependencia económica, militar y moral*,⁶⁵ en donde la primera variable no era en absoluto prioritaria con respecto a las otras dos. La variable económica wilsoniana corresponde, a la par que en el pensamiento realista, a los intereses económicos del Estado, diferentes y no necesariamente coincidentes con los objetivos de las corporaciones privadas y que representan sólo un aspecto de las operaciones políticas dirigidas a salvaguardar la integridad del Estado nacional. Otra vez Wilson aclaró en reiteradas ocasiones lo que él consideraba ser el vínculo entre un orden internacional de Estados democráticos y la seguridad nacional norteamericana, según un esquema que Thomas Knock definió como “internacionalismo progresista”.⁶⁶

⁶³ Cfr. Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, p. 93

⁶⁴ John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Harcourt, Brace, 1920. Cfr. también William Diamond, *The Economic Thought of Woodrow Wilson*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1943, pp. 175 y sigs, y Richard Hofstadter, *op. cit.*, pp. 269 y sigs.

⁶⁵ Tony Smith, *America's...*, p. 87. Arthur Schlesinger, *The Cycles...*, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁶⁶ Thomas J. Knock, *op. cit.*

De cualquier manera, las distintas corrientes historiográficas concuerdan con la existencia de una línea de continuidad entre el wilsonismo y la historia anterior de Norteamérica. No sorprende entonces encontrar un seguimiento de la proposición wilsoniana a lo largo de las décadas posteriores del siglo XX. Desde el punto de vista estructural e institucional, es evidente que la Liga de las Naciones y la Organización Internacional del Trabajo representaron un antecedente coherente con otros organismos posteriores de gran importancia en las relaciones internacionales hasta hoy día, como la ONU, el FMI, la FAO y el Banco Mundial. Desde el punto de vista ideológico, autores que no comparten puntos de vista homogéneos han mostrado que el nexo entre democracia-seguridad y democracia-prosperidad, aparece reiterado durante la mayor parte de las presidencias norteamericanas del siglo XX: con intensidad particular durante las administraciones de Franklin D. Roosevelt (FDR), Kennedy, Carter, Reagan y Clinton. Schlesinger, Kissinger, Smith, Lowenthal, Aga Rossi y Gaddis –entre otros- han documentado ampliamente, desde perspectivas no coincidentes, la importancia de la componente ideológica en la política exterior norteamericana del siglo XX, mostrando al mismo tiempo como las posiciones contrarias a la propuesta wilsoniana se ubicaron de manera transversal por arriba de divisiones esquemáticas de carácter ideológico.⁶⁷ Schlesinger destaca que “la visión *universalista*, que plantea la existencia de un interés común en todos los asuntos mundiales compartido por todas las naciones” se contrapuso, hasta hoy día, a “la visión de la *esfera de influencia*, según la cual cada una de las grandes potencias aseguraría a las demás el reconocimiento de

⁶⁷ V. en especial al respecto Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, en especial los caps. I y II; Henry Kissinger, *Diplomacy*, *op. cit.*, caps. II, IX y sigs.

su predominancia en su área de interés específico.”⁶⁸ La primera, de origen wilsoniano, fue sustentada esencialmente por los Estados Unidos, mientras que la segunda prevaleció en Europa y fue compartida por Estados con orientaciones tan antitéticas, como la Gran Bretaña de Winston Churchill y la Rusia de Joseph Stalin; pero al mismo tiempo encontró importantes exponentes también en Norteamérica, como en el caso de Henry Kissinger, secretario de Estado de Richard Nixon entre 1969 y 1974.⁶⁹

Es imposible evidentemente sintetizar en pocas líneas la compleja experiencia internacional estadounidense de los años posteriores a la presidencia de Wilson. Un elemento importante, evidenciado sobre todo por la historiografía postrevisionista, es la tensión constante entre los que yo definiría, por un lado, los “objetivos generales” y, por el otro, las “necesidades inmediatas”, que enfatiza la existencia de dos dimensiones de la política exterior, que interactúan constantemente entre sí: la de los fines de largo plazo, que apoyan en una visión específica del orden mundial y las relaciones internacionales, y la de las decisiones de corto y mediano plazo, que derivan de la necesidad inmediata del Estado de garantizar su propia sobrevivencia y/o resolver problemáticas coyunturales. Tal perspectiva mantiene la propuesta de Gaddis, de considerar la fundamental distinción entre “intentos” y “resultados”,⁷⁰ pero convierte los segundos en una variable más compleja, que incluye tanto los resultados

⁶⁸ Arthur Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *op. cit.*, p. 169. La actual administración de Donald Trump es la primera que ha buscado rearticular la política exterior de Estados Unidos con base en el esquema de las esferas de influencia, rechazando la visión universalista, en cuanto perjudicial, según su interpretación, para el interés general norteamericano.

⁶⁹ V. Henry Kissinger, *La diplomacia*, *op. cit.*, cap. XVI y Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, pp. 124-139. La presidencia de Donald Trump parece marcar una interrupción de la política internacional anterior y un acercamiento a la lógica de las esferas de influencia, pero no es posible todavía afirmar si esta tendencia determinará un cambio político-cultural y estratégico de largo plazo.

⁷⁰ John L. Gaddis, “La política degli Stati Uniti verso la Corea”, en Elena Aga Rossi, *op. cit.*, p. 262.

de corto plazo como los resultados de largo plazo, específicos y generales, los cuales, aunque en algunos casos opuestos entre sí, no necesariamente deben interpretarse *a priori* como contradictorios, hasta averiguar a qué tipo de exigencias estos mismos resultados responden.

Esta distinción modifica la sustancia de la contraposición propuesta originariamente por Keynes y Harold Nicolson, y ampliamente adoptada por distintas corrientes historiográficas del siglo XX, entre “objetivos ideales” y “objetivos reales”, que supone *a priori* el aspecto contradictorio de operaciones de corto plazo que no coinciden cualitativamente con los objetivos generales declarados.⁷¹ La distinción que hemos propuesto aquí implica una doble necesidad: a) contextualizar las operaciones específicas de corto plazo y b) examinar al mismo tiempo los resultados de corto plazo y de largo plazo de la política exterior norteamericana y la relación existente entre ellos. Como hemos visto, los planteamientos básicos del wilsonismo han sido retomado a nivel programático por varias administraciones estadounidenses, pero no tenemos ningún estudio sobre los efectos y los resultados de largo plazo de la acción internacional norteamericana para la difusión de la democracia liberal. La mayor parte de los estudios, tanto de corte histórico como politológico o internacionalista se han centrado en la relación entre propósitos declarados, modalidades de actuación y resultados finales de un proyecto específico. Pero sólo raramente se ha intentado relacionar la supuesta contradicción entre propósitos y modalidades con las circunstancias y los actores específicos que afectaron esta relación y analizar en profundo los complejos mecanismos que contribuyen al resultado final, buscando individualizar los vectores determinantes del mismo. De igual forma, en los avances y retrocesos hacia objetivos indicados *a priori*, no se ha intentado

⁷¹ Cfr. Harold Nicolson, *Peacemaking*, 1919, pp. 38-44 y 195-207 y John Maynard Keynes, *op. cit.*

hacer un balance histórico de los resultados generales, más allá de la superficie de los acontecimientos más evidentes relativos a un caso o a un momento específico.⁷² Por ejemplo, se ha buscado analizar el papel de los Estados Unidos en la progresiva imposición de las dictaduras militares en el Cono Sur latinoamericano, tanto por parte de los autores que sostienen su carácter decisivo como de los que lo niegan.⁷³ Pero ningún estudio, que yo sepa, ha buscado ampliar la visión hacia el *gran dibujo*, contestando, entre otras posibles, a las siguientes preguntas en su conjunto: ¿qué papel jugó la guerra fría y la lectura tanto de los norteamericanos como de otros actores del sistema internacional hacia la misma en determinar la actitud de las administraciones estadounidenses en la región? ¿Cuán importante fue el legado político-cultural de las organizaciones castrenses suramericanas, caracterizado por una amplia tradición golpista propia, en la orientación que los respectivos cuerpos de oficiales adoptaron en relación con las problemáticas de la seguridad nacional? ¿Cuál fue el resultado de largo plazo de la intervención norteamericana en la región, en donde a partir de los años ochenta se puso en marcha un proceso general de democratización? ¿Qué peso relativo tuvieron las tensiones internas a cada Estado latinoamericano en determinar el fracaso de los intentos anteriores de democratización en la región –inducidos por los Estados Unidos desde Wilson hasta el descalabro de la Alianza para el Progreso– y en favorecer la “fase autoritaria” de los años ’70? ¿Existe una relación comprobable entre los objetivos declarados norteamericanos de difusión

⁷² El único autor, que yo conozco, que ha intentado realizar una relación sistemática de los primeros elementos indicados y evidenciar la falta del balance señalada es Tony Smith, *America's...*, *op. cit.* V. en especial el apéndice de su obra para un examen de los temas que todavía faltan para investigar.

⁷³ Cfr. Carlos Escudé, “Argentina: The Cost of Contradiction”, Herald Muñoz, “Chile: The Limits of ‘Success’” y Jonathan Hartlyn, “The Dominican Republic: The Legacy of Intermittent Engagement”, todos en Abraham F. Lowenthal, *Exporting...*, *op. cit.* V. también Stephen M. Streeter, “Interpreting the 1954 U.S. Intervention in Guatemala: Realist, Revisionist, and Postrevisionist Perspective”, *The History Teacher*, Vol. 34, n. 1, noviembre de 2002 <http://www.historycooperative.org/journals/ht/34.1/streeter.html> (17 de mayo de 2003).

mundial de la democracia liberal, el debilitamiento de la Unión Soviética y la difusión de un orden democrático en América del Sur? Supuestamente, el tema del golpismo militar suramericano muestra más que otros la necesidad urgente de una revisión histórica seria de la política norteamericana en el hemisferio occidental, debido a la fuerte presencia política castrense mucho antes de que los Estados Unidos registraran una presencia significativa.⁷⁴

Otras y muchas más preguntas están todavía en la espera de una respuesta por parte de la investigación histórica, para que sea posible una comprensión exhaustiva de la política exterior norteamericana y de los acontecimientos y procesos del siglo XX. Como han evidenciado muchos postrevisionistas, más allá de la posición adoptada por un gobierno específico en un periodo específico, el proceso decisional estadounidense en el ámbito internacional no registró momentos de ruptura significativos en su propósito de crear Estados democráticos, organizados sobre la base de un nacionalismo de tipo liberal y de la autodeterminación de sus pueblos, aunque en el marco de notables diferencias acerca de los mecanismos y estrategias oportunas para conseguirlo. Gaddis muestra como la búsqueda obsesiva por parte de estudiosos y analistas de *lo que hay atrás de las declaraciones oficiales*, ha acabado haciendo perder de vista el fundamento de la política exterior estadounidense del siglo XX, esto es, la convicción de “que era posible aplicar de manera universal las instituciones democráticas” y “que tanto el extremismo de derecha como el de izquierda representaban un obstáculo para la instauración de sistemas

⁷⁴ V. por ejemplo Frank D. McCann, Jr., “Origins of the ‘New Professionalism’ of the Brazilian Military”, en Brian Loveman and Thomas M. Davies, Jr. (eds.), *The Politics of Antipolitics. The Military in Latin America*, Wilmington, DW, SR Books, 1997, p. 43 y sigs. y Riccardo Forte, *Fuerzas armadas, cultura política y seguridad interna. Orígenes y fortalecimiento del poder militar en Argentina (1853-1943)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Otto Editore-Università degli Studi di Torino-Miguel Angel Porrúa, 2003.

de poder [e instituciones] de carácter democrático” que “eran las que mejor salvaguardaban los intereses norteamericanos de política exterior.”⁷⁵ Esta orientación aparecerá reiteradamente después de Wilson, en los contrastes entre FDR y Winston Churchill sobre el destino de los imperios coloniales europeos, después de la segunda guerra mundial; en las motivaciones que lograron el consenso necesario para la puesta en marcha del Plan Marshall durante la administración de Truman; en la forma con que Eisenhower, a pesar del pragmatismo propio del militar de carrera, se acercó al problema de la Guerra Fría y a la cuestión del futuro de la Indochina francesa; en los objetivos tanto intermedios como finales de la Alianza para el Progreso, promovida por el gobierno de John F. Kennedy; en las decisiones adoptadas durante la administración de Lindon Johnson en relación con la guerra en Vietnam; en el hincapié sobre la importancia de los derechos humanos como criterio para la selección de los países con los cuales los Estados Unidos iban a seguir colaborando, afirmado durante la presidencia de Jimmy Carter; durante la presidencia Reagan, cuando el hincapié sobre la democracia liberal asumió tonos casi mesiánicos; y – aunque faltan obviamente estudios históricos exhaustivos al respecto- en las múltiples operaciones de intermediación internacional realizadas por la administración de Bill Clinton. Lowenthal ha subrayado cómo incluso durante las dos presidencias de Richard Nixon, cuando esta orientación parece haber sido revertida, “una profunda corriente de opinión interna” presionó al Congreso para que prohibiera “la asistencia económica y militar a cualquier país con un historial consistente y sistemático de violaciones de los derechos humanos.”⁷⁶

⁷⁵ John L. Gaddis, “La política...”, *op. cit.*, p. 262.

⁷⁶ Abraham F. Lowenthal, “The United States...”, *op. cit.*, p. 267. No es objetivo de este estudio extender el análisis a los periodos de las presidencias del siglo XXI.

Una correcta interpretación de este elemento de continuidad no tiene que olvidar el supuesto inicial que considera un sistema internacional de Estados democráticos como elemento clave de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Este nexo, por un lado, dibuja una política exterior incompatible con la ocupación permanente de un territorio ajeno –contrariamente a la relación seguridad-equilibrio de poder-; pero, por el otro, implica un compromiso permanente y activo en la política internacional y una atenta evaluación, por parte de los responsables de la política exterior, de las consecuencias generales y de largo plazo de acciones emprendidas con relación a territorios y coyunturas particulares. Muchos historiadores postrevisionistas insisten sobre la mayor coherencia que el proceso decisional estadounidense del siglo XX asume desde esta perspectiva. Al finalizar la segunda guerra mundial, FDR destacó la intención de favorecer en Europa un nuevo orden que se apoyara en la posibilidad de “los pueblos liberados [...] de crear las instituciones democráticas de su propia elección” y de restaurar los derechos de soberanía y autogobierno que las naciones agresoras les habían negado con la fuerza.”⁷⁷ Mark sostiene al respecto que revisionistas y postrevisionistas comparten la idea de que esta posición determinó gran parte de los contrastes posbélicos de los Estados Unidos con Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, debido a los mismos “principios del universalismo wilsoniano”: la autodeterminación de los pueblos –que contrastaba tanto con las ambiciones soviéticas en el Este de Europa como con la voluntad anglo-francesa de conservar sus imperios coloniales-, la seguridad colectiva –que según el wilsonismo era estrictamente vinculada a la primera y a la difusión del orden liberal-democrático- y la libre

⁷⁷ Cit. en Tony Smith, *America's...*, p. 114.

iniciativa económica –elemento de contraste con el modelo soviético-.⁷⁸ Pero Lowenthal y Smith destacan cómo el mismo FDR, ante los grandes desafíos provenientes de Europa a partir de los años '30, renunció a la promoción activa de la democracia en América Latina, a cambio de una mayor cohesión hemisférica en ámbito internacional, independientemente de la orientación de los regímenes internos.⁷⁹ En 1942, el mismo FDR citaba en un discurso público un famoso proverbio proveniente de la región de los Balcanes: “Chicos, en momentos de grande peligro les será permitido caminar a lado del diablo hasta que no acaben de cruzar el puente”.⁸⁰ Sin embargo, otra vez Smith, muestra que esta decisión de carácter coyuntural no implicó la renuncia a seguir con operaciones diplomáticas en apoyo a los gobiernos constitucionales de la región, como demuestra –por ejemplo- la decisión de FDR de permitir la expropiación de la concesiones petroleras norteamericanas en México –a pesar de las fuertes presiones de las corporaciones estadounidenses al respecto-, favoreciendo “no sólo las relaciones México-Estados Unidos”, sino también “la consolidación del gobierno mexicano”.⁸¹

Muchos años después, durante su toma de posesión, Eisenhower declaró que “la defensa de la libertad, como la libertad misma, es una e indivisible” y, por ende, no podía tener límites políticos ni geográficos.⁸² Esta declaración retomaba la afirmación del Secretario de Estado de Truman, James Byrnes, unos años antes, de que “el principio establecido de no-

⁷⁸ Eduard Mark, “La politica americana nei confronti dell’Europa orientale e le origini della guerra fredda (1941-1946)”, en Elena Aga Rossi, *op. cit.*, p. 131. V. también G. Lundestad, *The American Non-Policy towards Eastern Europe*, Oslo, 1975, pp. 17-44.

⁷⁹ Abraham F. Lowenthal, “The United States...”, *op. cit.*, p. 263 y Tony Smith, *America’s...*, *op. cit.*, pp. 118 y sigs.

⁸⁰ Cordell Hull, *The Memories of Cordell Hull*, Macmillan, 1948, p. 976, cit. Tony Smith, *op. cit.*, p. 120.

⁸¹ Tony Smith, *op. cit.*, p. 122.

⁸² Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1961, en *Public Papers of the President of the United States, Dwight D. Eisenhower*, vol. 1953, Washington D. C., U. S. Government Printing Office, 1960, pp. 6-7, cit. en Henry Kissinger, *La Diplomacia*, *op. cit.*, p. 613.

intervención de un Estado en los asuntos [internos] de otro no debe proteger la violación conocida y reiterada de los derechos elementales del hombre y del ciudadano por parte de ninguna república.”⁸³ El Secretario de Estado de Eisenhower, George Kennan, reafirmando el compromiso norteamericano hacia la difusión y la defensa de la democracia, contextualizó con claridad esta posición en el marco de la guerra fría, mostrando la tensión entre “objetivos generales” y “necesidades inmediatas” en el Hemisferio Occidental, en donde “no podemos ser demasiado dogmáticos en relación a la manera de actuar ante los comunistas locales [...] en donde los conceptos y las tradiciones de gobierno popular son demasiado débiles para absorber con éxito la intensidad del ataque comunista [...]”⁸⁴ El papel activo de los Estados Unidos al respecto fue reafirmado con mucha más fuerza por Kennedy al comienzo de su mandato, cuando comprometió a su gobierno a “no permitir la lenta anulación de los derechos humanos con los que esta nación siempre ha estado comprometida y con los cuales estamos comprometidos hoy [...] en el mundo entero,”⁸⁵ destacando unos meses después la triple dimensión de las obligaciones norteamericanas, que eran –según Kennedy- de orden “moral, como líder experimentado [...] en una comunidad interdependiente de naciones libres”, de orden “económico, en cuanto el pueblo más próspero en un mundo con una amplia difusión de la pobreza” y de orden “político, como el actor individual más poderoso en oponerse a los adversarios de la libertad.”⁸⁶ Asimismo, Kissinger ha

⁸³ Department of State, *Bulletin* 13, 2 de diciembre de 1945, p. 892, cit. en Tony Smith, *America's...*, op. cit., p. 182.

⁸⁴ George F. Kennan, Memorandum to the secretary of state on U.S. policy toward Latin America, marzo de 1950, cit. en Tony Smith, *America's...*, p. 179.

⁸⁵ Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1961, en *Public Papers of the President of the United States, John F. Kennedy*, vol. 1961, Washington D. C., U. S. Government Printing Office, 1962, pp. 1, cit. en Henry Kissinger, *La Diplomacia*, op. cit., p. 613.

⁸⁶ John F. Kennedy, 22 de marzo de 1961, cit. en Tony Smith, *America's...*, op. cit., p. 214.

documentado ampliamente cómo Lyndon Johnson reasumió el compromiso internacional sobre la base de los mismos principios, por un lado, aceptando la tan discutida teoría del dominó y siguiendo con el compromiso norteamericano puesto en marcha por Kennedy en el sureste asiático; por el otro, rechazando la opción estratégica de cortar la línea de abastecimiento de la guerrilla norvietnamita mediante la invasión militar de Laos, en cuanto hubiera representado una violación de la autodeterminación de un Estado neutral.⁸⁷ Quizás fueron exactamente los trágicos acontecimientos vietnamitas que favorecieron la posición nixoniana contraria al compromiso democrático mundial, que fue juzgado –como destacan Smith y Kissinger– “ingenuo” e incluso “peligroso” para la seguridad norteamericana. Pero Lowenthal y Schlesinger muestran que el mismo Kennedy estaba consciente de la inevitable distinción entre objetivos generales y necesidades, y que, por ende el compromiso de corto plazo hacia la democratización era condicionado por razones estratégicas y de seguridad, posición expresada con claridad en el siguiente comentario hacia el régimen de Trujillo en la República Dominicana: “Tenemos tres posibilidades en orden decreciente de importancia: un régimen democrático decente, la continuación del régimen de Trujillo, o un régimen de tipo castrista. Tenemos que orientarnos hacia el primero, pero no podemos realmente renunciar al segundo hasta estar seguros que podamos evitar el tercero.”⁸⁸ Desde la segunda mitad de los años ’70, Carter y Reagan interpretaron la actuación internacional de los Estados Unidos de manera muy diferente, incluso antitética, entre ellos, pero compartieron sus objetivos de largo plazo, según la misma línea de continuidad ideológica. El primero, especificando el compromiso de su

⁸⁷ V. Henry Kissinger, *La Diplomacia*, op. cit., pp. 638-640.

⁸⁸ Cit. en Arthur Schlesinger, Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Boston, Houghton Mifflin, 1965, p. 769. V. también Abraham F. Lowenthal, “The United States...”, op. cit., pp. 266-267.

gobierno con la defensa de los derechos humanos;⁸⁹ el segundo, reiterando la convicción de que “la libertad no es prerrogativa exclusiva de pocos afortunados, sino el derecho universal e inalienable de todos los seres humanos.”⁹⁰ No obstante, la experiencia de la presidencia de Carter - quizás el más ortodoxo de los presidentes norteamericanos del siglo XX en la defensa de los principios del wilsonismo- haya evidenciado el peligro de dibujar una política exterior apoyada de manera demasiado rígida sobre principios establecidos, sin tomar en cuenta situaciones específicas. Smith caracteriza la política carteriana hacia Irán como “el desastre que puede ocurrir cuando una decisión que apoya en buenas intenciones ignora la realidad política”.⁹¹ En efecto, en el caso iraní, Carter prescindió por completo de la distinción “realista” hecha por sus predecesores entre lo que es deseable y lo que es posible, con el resultado de sustituir un régimen autoritario favorable a los Estados Unidos por otro desfavorable a los mismos, sin ninguna ventaja para el objetivo general de democratización.⁹² En la última década del siglo XX, Bill Clinton retomó el legado wilsoniano, de manera particularmente evidente en su política hacia los Balcanes. Esta línea de continuidad emerge de manera explícita en la afirmación que “la Unión Europea y los Estados Unidos tienen que hacer para el sureste de Europa lo que hicieron para Europa occidental después de la segunda guerra mundial y para Europa central después de la guerra fría: la libertad, el respeto de los derechos de las minorías y la prosperidad son poderosas fuerzas de progreso.”⁹³

⁸⁹ Cfr. Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, cap. 9.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 266.

⁹¹ Tony Smith, *America's...*, *op. cit.*, p. 253.

⁹² Cfr. *Ibid.*, pp. 253-260.

⁹³ William Jefferson Clinton, “A Just and Necessary War”, *The New York Times*, 23 de mayo de 1999. Para una análisis general de la perspectiva del presidente Clinton v. también William Jefferson Clinton, “La lucha por el espíritu del siglo XXI”, *El País* (España), 16 de enero de 2001.

Conclusiones

¿Podemos hablar, entonces, de “imperialismo” con relación a la política exterior estadounidense, como se ha asumido a menudo *a priori*, como elemento asociado de manera automática al “ser potencia mundial”, sin preocuparse demasiado de consolidar sobre la base de la documentación histórica esta afirmación? ¿Podemos hablar de objetivos hegemónicos de los Estados Unidos con respecto al orden mundial, en contra de la afirmación de Kissinger citada al comienzo de este ensayo? Las opiniones y las conclusiones al respecto siguen siendo tema de debate y discordantes. Si algunos periodos –como el arranque de la guerra fría- han sido ya ampliamente debatidos entre corrientes historiográficas de diferente orientación, otras se encuentran todavía en una fase inicial en términos tanto de investigación como de debate. La mayor documentación disponible a partir de los últimos veinte años ha permitido sin duda la realización de estudios más sólidos y documentados, en relación con los análisis anteriores, tanto clásicos como revisionistas. Sin embargo, la investigación está todavía en un proceso de perfeccionamiento y ampliación. Ernest May afirmaba a mediados de los años '80 que la tesis revisionista de la política soviética de la segunda posguerra, toda dirigida a la reconstrucción interna y al fortalecimiento de su propia seguridad ante la agresiva estrategia de los Estados Unidos en Europa, no apoyaba en bases más sólidas de la tesis tradicional en sentido opuesto.⁹⁴ Diez años después, John Lewis Gaddis podía otorgar respuestas más precisas al respecto, mostrando, a partir del diario del ministro de Relaciones Exteriores soviético, Molotov, las ambiciones internacionales del régimen

⁹⁴ Ernest R. May, “L’eredità del passato nella politica estera americana del secondo dopoguerra”, en Elena Aga Rossi, *op. cit.*, p. 130.

estalinista: “la primera guerra mundial ha arrastrado un país de la esclavitud capitalista; la segunda guerra mundial ha creado un sistema socialista; y la tercera acabará con el imperialismo para siempre.”⁹⁵

Con el tiempo, seremos quizás en las condiciones de ofrecer un dibujo más completo y exhaustivo de la compleja actuación internacional estadounidense, moviéndonos hacia una historiografía libre de los condicionamientos ideológicos que afectaron –quizás de manera inevitable– los estudios realizados durante la guerra fría.

Este ensayo no tiene ninguna pretensión de exhaustividad. De manera más modesta, quiere proponer a los historiadores latinoamericanos y de otras regiones de reabrir el debate hacia la historia del país que más ha condicionado –en el bien y en el mal– los acontecimientos internacionales del siglo XX y que seguirá haciéndolo durante las décadas futuras. A lo largo de este artículo hemos mostrado la existencia, a partir de la entrada de los Estados Unidos en el sistema internacional durante la presidencia de Woodrow Wilson, de una línea de continuidad ideológica en la política exterior de los Estados Unidos, más allá de la orientación de sus distintas administraciones, y cómo dicha continuidad encuentra históricamente sus orígenes en los rasgos político-culturales de la sociedad norteamericana del siglo XIX. Sin embargo, es indispensable ampliar la investigación acerca del nexo real entre objetivos ideológicos y prácticas políticas, superando la dimensión de los acontecimientos específicos, para individualizar la coherencia o incoherencia de estas prácticas en el largo plazo y entender mejor la lectura que la sociedad y los líderes de la primera potencia mundial hacen acerca del orden mundial y de su papel en el mismo, sin caer en la tentación –tan frecuente en el pasado– de

⁹⁵ John Lewis Gaddis, “The Tragedy of the Cold War”, *Foreign Affairs*, vol. 73, n. 1, enero-febrero de 1994, p. 146. Cit. también en Tony Smith, *America’s... op. cit.*, p. 140.

resolver este importante problema con conclusiones apresuradas y, por ende, poco exhaustivas. Como en todas las temáticas relevantes, es probable que nunca se logre un acuerdo al respecto en el mundo académico. Lowenthal sostiene que el apoyo coherente de la administración de Carter hacia la democratización mundial representó “un caso excepcional de presiones directas de los Estados Unidos” al respecto. Smith, al contrario, destaca la continuidad de los intentos norteamericano en este sentido a lo largo de todo el siglo XX, sin olvidar mostrar, por un lado, los innumerables fracasos y las frecuentes actuaciones en sentido opuesto, y por el otro, el innegable aumento de los Estados democráticos en el sistema internacional de comienzo del siglo XXI, con respecto al periodo de la primera enunciación de la propuesta wilsoniana, subrayando la imposibilidad –en el actual estado del arte- de establecer un vínculo preciso entre dicho aumento y la política exterior norteamericana.

Es indispensable reexaminar la actuación internacional de los Estados Unidos considerando los rasgos propios de esta potencia mundial, que, si tomados en su conjunto, resultan en muchos sentidos atípicos con respecto a otras experiencias históricas del pasado: su tendencia expansionista a lo largo de todo el siglo XIX; su tendencia a intervenir activamente en los asuntos internacionales sin buscar consolidar un imperio territorial similar a los imperios coloniales europeos; las características representativas y democráticas de su orden interno, desde una época muy temprana y sin soluciones de continuidad en su historia. Al mismo tiempo hay que tomar en cuenta la sugerencia de los internacionalistas de que el sistema internacional tiene una lógica y un movimiento propios, imposibles de controlar en su totalidad por un sólo actor, aunque poderoso. La voluntad norteamericana de no establecer una presencia permanente –por lo menos desde el punto de vista militar y

administrativo, en contraste con las demás experiencias imperiales del siglo XIX y XX- en las regiones de intervención parece desmentir la caracterización de dicha intervención como “imperialista”, sobre todo si se considera la capacidad militar de establecer esta presencia, capacidad que ha sido creciente tanto en términos relativos como absolutos a lo largo de todo el siglo XX. Este cuestionamiento cobra más fuerza si aceptamos – como a la luz de las investigaciones más recientes parece lógico- la separación entre intereses del Estado, o de potencia, de los intereses de los grupos económicos privados, que sólo ocasionalmente coinciden y a menudo contrastan.⁹⁶ Hemos visto las discrepancias entre las decisiones de FDR y las corporaciones petroleras acerca del petróleo mexicano. Pero Munro ha mostrado que incluso en periodos más sospechosos, como las décadas entre 1900 y 1921, con el fin de eliminar la presencia de las potencias europeas en el Caribe, el Departamento de Estado tuvo que convencer a una comunidad bancaria y financiera renuente a penetrar en la región, demostrando –según Munro- que “el propósito de la diplomacia del dólar fue el de promover los objetivos políticos de los Estados Unidos, no el de favorecer intereses financieros privados.”⁹⁷

Más complicada resulta en mi opinión la discusión acerca de los intereses hegemónicos estadounidenses, así como han sido presentados por el ex-secretario de Estado Henry Kissinger, aunque la prioridad presente en los documentos norteamericanos acerca de la seguridad nacional –factor de acuerdo general de la historiografía más reciente- parecen dibujar una política exterior más compleja, en donde la cuestión de la hegemonía –sea esta política, económica y/o cultural- no parece representar una finalidad en sí misma, sino tener más bien una función instrumental con respecto la

⁹⁶ Para una síntesis crítica al respecto v. Arthur Schlesinger, *The Cycles...*, *op. cit.*, pp. 144-155.

⁹⁷ D. G. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1964, p. 163.

prioridad señalada. En todo caso, habría que retomar el concepto de “imperialismo preclusivo”, propuesto por Langer, y averiguar históricamente en el largo plazo su aplicabilidad a la política exterior estadounidense, considerando que a una primera ojeada las acciones internacionales de los Estados Unidos en el siglo XX parecen más bien reflejar reacciones a amenazas externas a su seguridad o, por lo menos, a la interpretación de la existencia de las mismas: el militarismo de los imperios centrales en la primera guerra mundial, el expansionismo nazi-fascista en la segunda, la convicción de la existencia de un plan agresivo de expansión soviética en Europa después de 1945, la teoría del domino en el sureste asiático, para citar sólo las más significativas.

Las investigaciones futuras acerca de este importante tema tendrán que considerar con más atención tanto los aspectos político-institucionales como político-culturales, realizando al mismo tiempo un estudio exhaustivo de larga duración capaz, por un lado, de retomar las múltiples contribuciones ya existentes sobre aspectos puntuales, y, por el otro, de reanalizarlas en el conjunto de los sucesos de los siglos XIX y XX y a la luz de la nueva documentación disponible.